

Los vigilantes¹

Juan Pablo Anaya



El caminante sobre el mar de nubes,
Caspar David Friedrich, 1815

*Un día, quizá, vendrá un signo de otro planeta.
Y, por un efecto de solidaridad (...) el conjunto
del espacio terrestre se convertirá en un lugar.
Ser terrestre significará algo.*
Marc Auge

JAIME MAUSSÁN ESTÁ PASANDO DE MODA. En principio, el saco rojo con el que comenzó a aparecer en televisión ya era desde hace tiempo un motivo de recelo para los ufólogos más puristas. Después vino el disco *StarMix 2* que contenía, a la par de los éxitos más candentes del *techno-dance* mundial, un programa interactivo de avistamientos recopilados por el grupo de los “vigilantes”. Gremio que existe desde el 24 de febrero de 1992 hasta la fecha y convoca a todos aquellos interesados en el fenómeno OVNI. Desde su fundación, y con una cámara en mano, sus miembros han realizado un constante ejercicio de la mirada a la espera de un avistamiento. La aparición del disco *Star Mix* fue motivo de disputa al interior del grupo. (Buena parte de los miembros afirmamos que esa forma de divulgación banalizaba nuestro trabajo.) Pero Maussán ya había sido duramente cuestionado debido a su endeble argumentación respecto a la

¹ El texto que aparece a continuación es la primera parte del ensayo con el mismo título publicado en el libro *Kant y los extraterrestres* (Tierra Adentro, 2012).

presencia de objetos voladores en los cielos mexicanos, a causa de la visita del Papa Juan Pablo II los últimos días de enero de 1999. No obstante, muerto Karol Wojtyła, el propio Jaime retomó su vieja evidencia para proponerla como uno de los milagros que podrían servir para la canonización del pontífice.

Esos jueces de la verdad que hallaban razones para la sospecha en la imagen pública del científico y en sus declaraciones más aventuradas finalmente encontraron el deseado testimonio de un posible *falso movimiento*, o quizá, el simple accidente que supone un *movimiento en falso*. A principios del mes de enero del año 2007, el investigador comenzó a difundir el video de un alienígena filmado por un adolescente en la ciudad de Mérida, Yucatán. Una semana después, el joven que captó el video declaró que el testimonio era una simple “vacilada” (*Milenio*, 17 enero, 2007). Aquella vez, las contingencias de la moda anunciaron una grave pérdida. Mientras tanto la soberbia de la juventud sólo expresó una ceguera a la herencia de uno de los hábitos más bondadosos del alma: la melancolía.

Este padecimiento se cristaliza en el gesto del que ha experimentado una súbita revelación y espera que se repita. Algo parecido les sucede a los personajes que miran al horizonte en los cuadros del pintor alemán Caspar David Friedrich (1774-1840), donde el carácter sublime de la naturaleza se expresa como una epifanía que nos promete el infinito y nos revela nuestra propia finitud. Así, la naturaleza se presenta como un exceso que desborda la mirada y que subraya el carácter contingente e ínfimo del que mira, frente a ese universo que lo inunda y que revienta los diques de la subjetividad. Una experiencia similar es a la que se enfrentan los vigilantes.

El gesto contemplativo, sin embargo, es hoy en día un redundante lugar común que no deja de aparecer en los cruciales momentos de emotividad en el cine o en las imágenes publicitarias con las que el turismo nos sugiere que, mediante un paquete vacacional a un milagroso *set* de la naturaleza o de la historia, nosotros también podemos ponernos en pose para teatralizar ese instante en que la mirada se ve desbordada por el mundo.

Una hipótesis radical al respecto diría que no viajamos para ver sino para adoptar la pose del que mira: al volverse su simple representación la mirada queda vacía.

En el ejercicio de los “vigilantes”, por el contrario, se experimenta una especie de *sublime histórico* que le devuelve su contenido a la mirada. El vigilante se confronta con el paisaje porque constituye su lugar de espera. Con los ojos abiertos, y el problema del universo revolviéndose en su interior, realiza un ejercicio de paciencia donde a menudo se escucha el apocalíptico susurro de una nave intergaláctica que sugiere el fin de la historia. Aquella que nos narra la existencia de los estados-nación, que se definen en función de lo extranjero. Únicamente cuando la primera nave de otros planetas establece contacto con nuestra especie, comenzará a existir el Hombre. Entonces, los habitantes del planeta Tierra serán el sujeto colectivo de una Historia en común y sus lazos de hermandad estarán motivados por la otredad de los seres extraterrestres. A la expectativa de este vuelco, atravesados por una melancólica espera, el ejercicio de la mirada recupera el mundo; ese peculiar sitio donde el devenir a veces se precipita, por lo que más vale estar alerta ante cualquier signo que nos revele el advenimiento del futuro.

*

Una década ha pasado ya, y ahora son muchas las personas que han observado el cielo en busca de respuestas a un intrigante enigma que, en este nuevo siglo, continúa desafiando las explicaciones más convencionales e incluso la razón...

Jaime Maussán, febrero de 2002

Un hombre en medio de la plaza pública miraba atentamente al cielo. Aquella verdad a voces acerca de la presencia en nuestro espacio aéreo de objetos voladores no identificados transformó su gesto en una invitación para voltear a ver. Una provocación similar es la que se encuentra en el cuadro *El caminante sobre el mar de nubes* (1815), de Caspar David Friedrich: un hombre de espaldas mira cómo el horizonte se desdibuja en un mar de neblina que se confunde con el cúmulo de nubes en el paisaje. El límite entre el arriba y el abajo se diluye y únicamente nos deja entrever un conjunto de montañas, que aparecen como una fantasmagoría entre la bruma y que en su azulada presencia imitan el color del cielo.

En un plano anterior al de la ausente línea de horizonte, dos trozos de montaña emergen de la niebla y dirigen nuestra mirada hacia el centro del cuadro, donde en un primer plano nuestro protagonista contempla la escena. Despeinado por el viento, el personaje mira por encima de un peñasco hacia ese vasto accidente geográfico, donde el mar de neblina cubre un grupo de formaciones rocosas. En esta ocasión estamos invitados a mirar por encima del hombro de este viajero errante. Su mirada es la protagonista del cuadro y lo que mira es una promesa que incluye su propia imposibilidad, una percepción finita del paisaje que conlleva la enigmática idea de lo infinito.

El personaje en el cuadro parece haber llegado al límite físico de su caminata. Desde el punto en que se encuentra no puede avanzar un paso más, sólo sus

pensamientos pueden llevarlo más allá, desde la altura que ha alcanzado en la cumbre del risco hasta esa distancia inaccesible donde el caminante ansioso de nuevos descubrimientos se adentrará, por medio de la especulación, en una neblina un tanto más inmaterial.

El cristianismo convirtió los rincones de la creación en un espacio vacío y en silencio donde no existían más sátiros, ninfas o faunos que habitaran las cavernas y los bosques. A cambio de este mundo desterrado por el monoteísmo, según algunos pensadores románticos, obtuvimos un espacio de meditación y soledad donde cualquier ensoñación podía reinventar el significado del paisaje. El cuadro de Friedrich retrata una subjetividad que instaura un mundo *para sí*, al interpretar libremente los acontecimientos de la Naturaleza como símbolos en los que una idea adquiere una presentación sensible. El protagonista del cuadro se enfrenta a una especie de padecimiento cósmico que parece ejercer una influencia hipnótica sobre su alma.

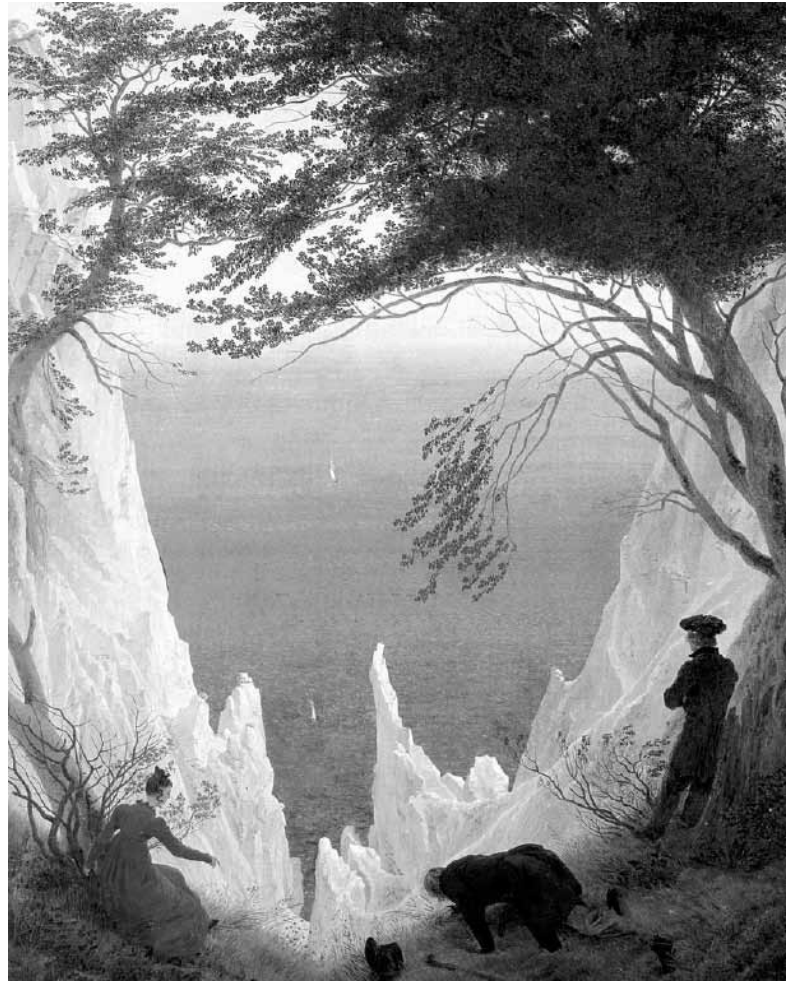
El trabajo del héroe romántico es afrontar este momento donde se expresa un enigma. Al contemplar los excesos del paisaje, la vivencia subjetiva del mundo sensible se muestra como portadora de la revelación divina *en sí*, porque nos confronta con la idea de lo infinito pero encarnada en la visión. De la misma manera como se nos presenta algo que excede todas nuestras capacidades, lo divino se expresa pero permanece como un enigma. El mundo sensible se convierte en un entramado de símbolos y parábolas, *como si* la revelación se encontrara en curso en los procesos naturales. El paisaje se vuelve entonces el escenario de las preguntas metafísicas. En ese mundo *para sí* algunos acontecimientos con los que se encuentra “la mirada” asumen la importancia de la revelación religiosa. Los fenómenos nos sugieren una sustancia divina que, al estar más allá de lo que podemos ver, resulta inefable.

En las pinturas de Friedrich una epifanía la experimenta cualquiera que esté dispuesto a ver. Por eso en sus cuadros dejan de aparecer los héroes épicos de la

literatura. Sus personajes son seres solitarios, amigos o esposos que no parecen tener una meta o buscar una aventura. Su único gesto heroico es el de la contemplación absorta que se aleja de las preocupaciones mundanas y busca algo del otro lado de los fenómenos naturales. El pasaje del “aquí” al incierto “allá” resulta un trabajo riesgoso y aventurado que únicamente el deseo vuelve impostergable.

Los personajes en los cuadros de Friedrich son una especie de “vigilantes”, cuya hazaña se encuentra en afrontar la distancia que existe entre la finitud del hombre y sus anhelos ilimitados. El enigma del paisaje se volverá una pregunta que no dejará de asaltar al héroe romántico en el futuro. Llegado al límite de sus pasos, el caminante se encuentra sobre una roca entre dos abismos, suspendido en el presente: entre el pasado que ya no es y el futuro al que sólo puede acceder en los vuelos del pensamiento, que partieron del “aquí y ahora” de la sensación. Es posible imaginar qué sucedería si un objeto volador no identificado surgiera de entre la bruma del paisaje en el cuadro de Friedrich. El futuro aparecería cristalizado en el instante de la mirada y nuestra inocencia respecto a las verdades del universo nos revelaría que únicamente somos un conjunto de *niños cósmicos* que se formulan una pregunta a partir de un indicio del futuro. ¿Qué avatares traerá la historia cuando hagamos contacto?

La sensibilidad romántica se constituía en el hechizo de un mundo hundido en la lejanía del tiempo. Esto se observa en los cuadros donde una ruina arquitectónica es devorada por la naturaleza que muestra su fuerza ancestral. De la misma manera, esta sensibilidad conlleva una especulación sobre el mundo “después del hombre”. La mirada del viajero errante se sitúa en el abismo del futuro quizá acompañada de una intuición,



Acantalidados blancos en Rügen, Caspar David Friedrich, 1818

la de un acontecimiento dramático que constituirá el fin del mundo tal y como lo conocemos. Situados ante la neblina, tanto la sensibilidad romántica como la mirada vigilante realizan el trabajo heroico de penetrar lo que Ishmael en *Moby Dick* definía como “la densa bruma del futuro”.

Si bien la sensibilidad romántica realizaba un *paso al límite* al interpretar el enigma del paisaje como la sugerencia de una sustancia divina, los “vigilantes” de Maussán efectúan ese paso interpretativo que los lleva a asegurar que en el cielo observan una nave proveniente de otra galaxia. A partir del enigma que se refleja en sus pupilas dan el salto que los lleva a profetizar el advenimiento del fin de la historia. Versión renovada del *paso al límite* en que se desentraña la ingenuidad y el egoísmo de pensar que somos los únicos habitantes del Universo.

Un pequeño paso del vigilante que contempla, pero un paso enorme para la recién nacida humanidad. ▀